

miendo mucho y que va abierta, por si U. gusta enterarse de su contenido.

Somos á 30 y nada tengo que añadir, sino que, por nuestra impaciencia juzgo la de U., viendo lo que tarda el desenlace, que ya se cansan todos de aguardar aquí. Si siquiera, dicen, se hubiera tomado Puebla! Cierto que increíble parece lo que ha pasado y está pasando.

La correspondencia de ese Cuartel General, fecha en el Cerro de San Juan, 24 de marzo, nos impone de lo practicado hasta entonces. Sólo del Comandante en Jefe se ha recibido una carta, y de nadie más. El Monitor de hoy es por donde sabemos esto.

Dios querrá sacarnos á todos, y más á U., de tan cruel situación y tan amarga ansiedad, y además, conceder á U. buena salud, por U. mismo y por la causa, que tanto necesita de sus servicios, tan difíciles de reemplazar.

Estos votos quedan haciendo acá todos y particularmente su muy afecto amigo y servidor,

Luis (José María Gutiérrez de Estrada).

XIV

SR. DR. D. FRANCISCO J. MIRANDA.

SAN JUAN, MAYO 3 DE 1863.

Mi estimado amigo:

No son malas las noticias del paquete del 15 de marzo. Billard se vuelve á Francia y acaso será com-

pañero de viaje de Vuestra Merced. Saligny vuelve á tomar la dirección de la política, y esto me reanima y me estimula á continuar. También me escriben de París [mi familia], que se iba á nombrar á un Mariscal para que tomara el mando, como jefe superior, á fin de no tener que relevar á..... [Vuestra Merced, sabe]. Yo espero que el paquete de fines de marzo nos ha de traer noticias todavía más favorables. Es regular que la correspondencia ya esté en camino, y que dentro de diez días ó antes esté aquí.

Sin tiempo para más, me repito de Vuestra Merced afmo. amigo, Q. B. S. M.

J. N. Almonte (rúbrica).

XV

República Mexicana

SR. DN. R. RAFAEL.

ORIZABA, MAYO 12 DE 1863.

Amadísimo hermano: Comienzo á escribir la presente quince días antes de que deba enviarse á Veracruz, para que camine á la Habana, pero no quiero exponerme á contingencias, y más cuando me propongo que sea tan larga cuanto exige la relación de todos los sucesos de más importancia que han pasado desde que volví á este desgraciado país. Al hacer esa relación, me propongo ofrecerte un cuadro, para que, retocado con destreza, lo saques

á luz, y su publicidad, en la parte conveniente, sirva para, si aún fuese tiempo, á (sic) evitar el que la Intervención se desgracie en su final desenlace; partiendo del principio de que á mi modo de ver, en nada ha variado el primitivo pensamiento del Emperador N (apoleón), y de que, por parte de México, no hay más dificultades que las que han creado los hombres que, por una calamidad, han estado encargados de la dirección de los negocios.

Como en la última tuya que he recibido, fecha 22 de febrero, y que no he contestado, unas veces por el estado de mi salud y las más por las dificultades de la correspondencia, según que ha habido por parte de Forey un empeño positivo en dificultar la comunicación, me significabas, decía yo, deseos de saber lo que había pasado conmigo cuando se me exigió aquella célebre y solemne declaración, comenzaré por este punto, muy interesante, por otra parte, para que se aprecie el verdadero carácter de la situación en que se ha querido colocar á los conservadores.

Recordarás cuál era mi posición particular cuando volví al país; en virtud de ella, me proponía retraerme de los negocios y no volver á la palestra, sino hasta el momento crítico en que se tomase la Capital. Partiendo de este principio, rehusé hablarle en Veracruz al General Bazaine, aunque fuí por él mismo invitado á ello; y me había propuesto no ver al General Forey, pero el mismo día que llegué á ésta, me manifestó el Marqués de Radenpont la conveniencia, ó mejor dicho, la necesidad

de hablarle á dicho General, sin exponerme las razones; mas yo me resigné con el juicio del Marqués, hombre de toda mi confianza, y á quien imponía instruído en los negocios. El mismo Marqués me presentó al General, quien, sin otro preámbulo, me dijo que, representando yo al partido ultra-conservador, al llegar al Cuartel General, era necesario que hiciese una manifestación de mis principios, para que mi presencia no trastornase la política del Emperador. Por mi parte, quise colocar la cuestión en sus términos genuinos, analizando la condición de los partidos de México, pidiendo que se me explicase cuál era el programa de ese partido *ultra-conservador* que yo representaba, y concluyendo con demostrar que si mi persona era ó se conceptuaba como un obstáculo, era, en primer lugar, porque, en la cuestión política, representaba el principio monárquico, que ciertamente no podía oponerse á los fines del Emperador, y en la cuestión social era intransigible con los principios demagógicos; y en segundo lugar [y esto era el todo de las dificultades que podía ofrecer mi persona], porque los usurpadores de los bienes del Clero no podrían tener descanso mientras viesan que yo podría influir en los negocios. Forey no supo ni pudo contestarme, cuando, traída la cuestión al terreno práctico, le dije: Será conveniente? quiere U., para calmar y tranquilizar los ánimos de los que resisten la intervención y de mis enemigos, que respecto de la cuestión política diga yo: *no soy monárquico* ni la intervención francesa viene buscan-

do la monarquía; y en cuanto (á) la cuestión social, soy impío, demócrata y ladrón? Mr. Forey no supo resolver la dificultad y me remitió con su Secretario político, el Comandante Billard, ante quien hice valer todas las razones expuestas; aplazándose la discusión del negocio para el día siguiente. Abrióse ese día la conferencia, presentándome un proyecto de manifestación, por el que aparecía el compromiso por mi parte: 1.º, de no mezclarme en ninguna *intriga* que tendiese á desvirtuar la política del Emperador; 2.º, á procurar la unión de los partidos; y 3.º, á reconocer los hechos consumados. No he de firmar, dije yo, cuando he leído la manifestación, nada que me degrade, nada que me ponga en ridículo, ni nada que violente mi conciencia, y todo eso encuentro en la manifestación que se me presenta para firmar. Prometer que no me mezclaré en intrigas, es reconocer implícitamente que me he mezclado en otras, y esto me degrada. Comprometerme á trabajar por la unión de los partidos que hay en México, equivale á que el ladrón y el robado hagan un mismo cuerpo; es un absurdo ridículo; y prometer el reconocimiento de los hechos consumados, es una iniquidad que violenta mi conciencia. Supuesto que mi persona es un obstáculo, yo me retiro y todas las dificultades cesarán. Mr. de Saligny, que casualmente había asistido desde el principio á esta segunda conferencia, hizo advertir todos los males que podían seguirse de mi separación; á mí mismo me hizo ver, lo que yo sabía perfectamente, que no me podía reputar

como una persona privada, sino que mi presencia ó mi retirada debía influir poderosamente en la marcha de los negocios. Por mucho tiempo me resistí á entrar en ningún arreglo sobre los términos de la manifestación, sin embargo de que se me dejaba enteramente en libertad para formularla como quisiese, haciéndome entender que esto se hacía para facilitar al Emperador su posición, acusado por los liberales de Europa de venir á imponer la ley en México, favoreciendo el retroceso y sofocando la causa de la libertad. La alternativa en que me encontraba, era la siguiente: ó resistirme á firmar alguna cosa en los términos convenientes y separarme del país, salvando mi amor propio, ó sacrificar en algo mi amor propio y firmar algo, para no dar un grito de alarma que matase las esperanzas de los buenos. Opté por lo segundo, y redacté la manifestación que has visto publicada, y que tanto como se ha circulado en Europa, han evitado los demagogos de aquí publicarla. Sólo en Francia, me dice D. José María G(utiérrez), que se reprodujo en más de 150 periódicos, mientras en México apenas es conocida. Esto prueba que no fué del gusto de nuestros enemigos, que, al dar noticias del hecho, se conformaron con decir que se me había exigido la palabra de no mezclarme en la política, cuando precisamente aparecía el compromiso de mezclarme y de cooperar al establecimiento de un gobierno sólido, de moralidad y estable, etc. He aquí la relación que te hacía yo en la carta de

noviembre, que se extravió, y cuya relación deseabas tener.

Después de esto, yo me metí en mi casa, sin tomar en los negocios el menor participio, lamentando los males que veía y las desgracias que habían de sobrevenir. Por una fatalidad, en Europa no se conocían las condiciones de nuestra sociedad, y el Emperador particularmente, huyendo de caer en la nota de lo que en México se ha llamado *reacción*, y que en Europa se reputa por verdadero retroceso, intentó servirse, atrayéndolos á sí, de los liberales, sin querer reflexionar que los que así se denominan en México son los propiamente demagogos, y con los cuales nada podía hacerse de provecho, menos fundar un orden de cosas sobre los principios de justicia y estabilidad. Mas este error en la apreciación de los partidos, produjo desde luego el efecto de que, en la marcha de la política, los conservadores, calificados de reaccionarios, dejasen de representar el principal papel (y) fuesen reputados como hombres peligrosos y hasta perjudiciales; viniendo á ocupar los empleos públicos aquellos sujetos que en el fondo eran enemigos radicales de la monarquía, aunque en la apariencia no fuesen descarrados demagogos; aquellos hombres que han aplaudido y aprovechádose de todas las inicuas leyes de reforma, siendo, por otro lado, bastante hipócritas para no reportar ante el público la odiosidad de los autores y ejecutores. En Veracruz, en Córdoba, en Orizaba, en todas partes se procuraba establecer Ayuntamientos que tuviesen colores liberales,

sin que á prescindir de semejante política bastasen los desengaños prácticos que los directores de ella recibían á cada paso, por los tropiezos que les ofrecían las mismas autoridades que venían estableciendo. Al nombrarse jefe de la expedición al General Forey, se le encomendó la dirección de la política, y este General, incapaz de juntar dos ideas, se entregó entera y absolutamente en manos del Comandante Billard [que pasa por hijo del mismo General]. Billard, que se firmaba *director general de la política*, es un joven tan ignorante como presuntuoso, tan ligero como de malos principios, y que por sus cuatro costados pertenece á la escuela francesa moderna. Este hombre, no comprendiendo ó no queriendo comprender el pensamiento del Emperador, de llegar á un *determinado punto* sin que se conociese su marcha, se echó á andar por un camino enteramente extraviado y en que juntamente se debían perder el Emperador, la Francia y nosotros. De nada servía que el Emperador, para evitar desaciertos, previniese, en cartas particulares, que en todo se consultase y se siguiesen los dictámenes de Mr. de Saligny. Este y Billard estaban en oposición abierta, y la enemistad que entre ellos se manifestó desde un principio, hacía que Saligny en nada influyese. Conocidos estos antecedentes, ya comenzarás á comprender lo que aquí ha pasado. Se ha querido levantar una torre abriendo profundas simas; se ha querido echar abajo un sistema anárquico é inmoral, y no se ha querido descontentar á los hombres que ese sistema re-

presentan. Más de año y medio hace que la Intervención está llamando de cuantos modos ha podido á los liberales, y todavía, ni por convicción, ni por interés siquiera, ha venido un solo liberal á acogerse á la Intervención. Lejos de esto, la política hasta el día seguida, no ha servido de otra cosa que de animar á los contrarios. Se le había hecho creer al Emperador que la Intervención no tenía eco, porque el *pueblo*, beneficiado con los bienes del Clero, temía que se le despojase de su *propiedad*. Vino Forey y protestó que los nuevos *propietarios* nada tenían que temer, que sus propiedades serían respetadas, y que se reconocerían los hechos consumados; y sin que la Intervención, como llevo dicho, ganase un solo partidario, esa protesta inicua sólo ha servido para resfriar el espíritu del verdadero pueblo, y para que el despojo de la Iglesia tuviera su más cabal cumplimiento, sacando de todo el Gobierno de Juárez abundantes recursos. Muchos especuladores, que hasta la protesta de Forey se habían abstenido de comprar bienes del Clero, después de la protesta remataron todo lo que quedaba; y el Gobierno, para explotar más la mina, decretó la extinción (sic) de las monjas, para vender las iglesias y los bienes que les habían quedado, y aún comenzó á rematar los bienes de los particulares que calificaba de traidores, como ha sucedido, entre otros muchos, con los bienes de D. José María Gutierrez, de D. José María Andrade y del pobre de Escalante, quien, la víspera de ser fusilado, pudo evadirse, no sé todavía cómo,

de la prisión. He aquí en globo los resultados inmediatos de la política que ha querido seguirse.

Pasaré en seguida á darte una idea del estado en que vine á encontrar el pequeño cuadro de los mexicanos que se habían incorporado al ejército francés. Almonte, despojado del título de Jefe Supremo, por el famoso decreto de Forey, conservaba sin embargo el simulacro de Ministerio que había formado desde un principio, y todos los días, aunque sin tener nada que hacer, ni que tratar, se reunían los oficiales mayores en la casa del Jefe Supremo. Forey se servía de Almonte, como de conducto de comunicación, para los asuntos de los mexicanos, y Márquez de hecho quedó de General en Jefe. Sus tropas, de seis mil hombres que tenía al principio, estaban reducidas, en el tiempo á que me refiero, á cerca de dos mil. La caballería había concluído en la tierra caliente, y todos los jefes, oficiales y soldados estaban desnudos y muertos de hambre. Su falta de disciplina, sus hábitos inveterados de vandalismo y sus verdaderas necesidades, que nunca quiso socorrer el general Lorenz, habían ocasionado el exterminio y asolamiento de todos los lugares que ocupaban ó que visitaban los *marqueses*, como los llamaban los franceses á los soldados de Márquez, quienes en su desenfreno cometieron en las rancherías todo género de violencias, hasta obligar á los jarochos¹ á levantarse contra ellos, para defender sus propiedades y fami-

¹ Campesinos ó rancheros típicos de la costa veracruzana.

lias. Los mismos generales iban en persona á robarse los ganados, para venderlos después á la prooveduría francesa. El mal que los *marqueses* hicieron, todavía lo resentimos, pues desde su levantamiento hasta ahora no han dejado de hostilizar los convoyes, ni han podido volver á la paz. Algo cesó el desorden cuando se presentó Forey y comenzó á cubrirse el presupuesto del ejército mexicano por la Intendencia francesa; pero como el desorden de los nuestros es tan profundo, no han podido evitarse muchos escándalos, como los que da, entre otros, el Jefe de la Legión de Honor, que en presencia del ejército francés y de todo el mundo seduce á una joven, hace que abandone á su familia y la mete en una carretela, que se roba con todo y caballos, y así marcha á la campaña. Me fijo en este hecho por haberse perpetrado por el Jefe de la Legión de Honor, General Taboada, y quien, por lo mismo, debe suponerse que es de lo más decente del ejército. La Legión de Honor, ó *de horror* como la llaman los pueblos, se formó de los capitanes, tenientes coroneles y coroneles que quedaron sueltos en la organización que se les dió al ejército á la llegada de Forey. Tiene esa Legión tanto honor, que á cabeza de silla jalaba en los malos pasos la carga que llevaba su digno Jefe. Menudencias son éstas que bien revelan el estado de nuestros valientes. Estos no tienen ideas ni sentimientos de ningún género, con excepción de una docena. Aceptan la Intervención sin saber lo que significa y lo que busca; han permanecido á su la-

do por el mendrugo de pan que por ella reciben; por lo demás, yo no encuentro ninguna diferencia entre el ejército de Juárez y el de Márquez. Ambos ejércitos son idénticos en su instrucción, en su disciplina, en su inmoralidad y en todo. El llamado de Márquez tiene, además, la cualidad de la desunión; no hay un sólo jefe de prestigio, pues el mismo Márquez se hace reconocer en fuerza de que sus soldados más parecen presos que soldados; y de paso te diré que este General es uno de los opositores á la monarquía, porque, habiéndose llenado de ambición, no puede menos que ver con sentimiento que se derrumba la silla presidencial.

Hablemos ahora de la parte práctica de la campaña. El sistema que desde un principio se propuso Mr. Forey, fué el de no desviar ningún trozo de su ejército de los puntos que se propuso ocupar desde el principio, hasta no tener todos los elementos necesarios para abrir la campaña, sin exponerla, como dijo á su llegada á esta ciudad, á eventualidades. Ocupó, como sabes, hasta Jalapa con la división del General Bazaine y con la de Doue (sic) hasta este punto; y habiendo podido, sin temer nada del enemigo, ocupar los valles de San Andrés y Tehuacán y aún llegar hasta Amozoc, para evitar que el enemigo consumiese los inmensos recursos que allí existían, de ganados y semillas, se contentó con concentrar sus fuerzas y mantenerlas en completa inacción; dando lugar á que el enemigo ocupase todo lo que el ejército francés pudo ocupar, y abasteciese á sus anchuras los almacenes de

Puebla; y dando también lugar á que el Gobierno de México dirigiese sus trabajos, que no fueron del todo infructuosos, sobre los soldados franceses para promover la deserción. Este estado de inacción duró hasta el mes de enero, en que fué desocupada Jalapa, á pesar de haber prometido solemnemente el General Berthier que no se. . . .

(Francisco Javier Miranda).¹

XVI

SR. D. F. J. MIRANDA.

PARIS, 13 DE MAYO DE 1863.

Mi muy estimado señor y amigo:

Muy poquito á poco vamos sabiendo algo de Puebla, cuya parte principal, si no el todo, estaba ya en poder de los franceses, continuando los juaristas posesionados de los cerros de Loreto y Guadalupe, de donde podían molestar mucho á la plaza.

De esperar es que la marcha sobre México se haya organizado prontamente, sin temer de hallar allí igual resistencia que en Puebla. ¡Qué crueles y qué largos padecimientos los de aquellos pobres habitantes durante este año de agonía!

Parece que apenas sepa la toma de la Capital, promoverá este Gobierno la vuelta de los Sres. obis-

¹ Esta carta, escrita de puño y letra del autor, quedó sin concluir, pues el último pliego sólo tiene escrita la primera página.

pos, que ojalá estuvieran ya en la Habana ó en Nueva Orleans, y más estando ya encima la estación del vómito.

¡Qué desgracia tanta tardanza en las operaciones militares!

Lo que es el General Santa Anna, supongo que también se moverá entonces, aprovechándose de la recomendación hecha en favor suyo al General Forey. De sus declaraciones en favor de la empresa, ya creo haber hablado á U. Á medida que el momento de acreditar su sinceridad se ha ido aproximando, han sido más categóricas y terminantes esas manifestaciones.

Otro tanto puede decirse, y esto sí que importa, de las del Emperador, en orden á la inalterable resolución de salir adelante, y á toda costa, con la empresa, y así lo repite cada vez que se ofrece. El Archiduque está en espera de lo que allí se haga. Dispuesto sigue, como el primer día, á prestarnos su poderosa cooperación, si la Nación lo quiere y se lo pide. El modo de conseguir esto, de Us. depende, contando que al procurarlo obran de acuerdo con los votos bien desinteresados del Emperador.

Habiendo yo manifestado al A(rchiduque) que teniendo el Sr. Arrangoiz más datos sobre el ramo de Hacienda que ningún otro mexicano en Europa, y que estaba próximo á volverse á México, ha querido verlo, previniéndome se lo avise á este amigo, que, en esta virtud, saldrá mañana para Miramar.

Muy conveniente es, á mi juicio, que el Archiduque conozca los más mexicanos que sea posible, y que éstos puedan juzgar por sí mismos de todo el beneficio que, con depararnos tales Príncipes, nos hace la Providencia, cuyo brazo visible es el Emperador, que tan resuelta y generosamente nos protege.

Ahí van dos letras para nuestro Sr. Andrade. Ruego á U. que, al entregárselas, después de haberse impuesto de ellas, le dé á leer la presente, para su gobierno.

Celebraré que haya U. abrazado ya á su hermano. Reciba los afectos de toda esta familia, incluso el Ilmo. Sr. Cov(arrubias) y el muy sincero de este su fino amigo y seguro servidor Q. B. S. M.

Luis (José María Gutiérrez de Estrada).

XVII

SR. DR. D. FRANCISCO J. MIRANDA.

HABANA, MAYO 21 DE 863.

Mi estimado Dr. y amigo: Hace cuatro meses largos que no he vuelto á recibir sus apreciables letras, y como es consiguiente, este vacío se me hace doblemente sensible por la ansiedad en que las circunstancias del país me tienen; pues, faltándome los verídicos informes de U., quedo á merced de los contradictorios rumores que de Veracruz nos

vienen, y caigo en la general confusión de que adolecen las noticias.

De ellas, sin embargo, dedúcese una verdad desconsoladora y desagradable, y es que Puebla no ha sido tomada después de cerca de dos meses de estar sitiada por las aguerridas tropas de la Francia. En qué estribe la dificultad, yo no lo puedo esclarecer hasta hoy: sólo sé darme cuenta de la sorpresa que la cosa me infunde.

Sólo sé que los sitiados resisten, aunque no acierto á explicarme si la resistencia es el efecto del valor y pericia de los defensores de la ciudad, ó el natural resultado de la parsimonia y flojedad de Forey; explíqueme U. por Dios este enigma, porque voy á creer, de lo contrario, que los papeles se han trocado, y que los franceses se han vuelto mexicanos, ó viceversa.

Esta lentitud en tomar á Puebla, facilita sobrada ocasión á los enemigos que por acá tiene la Intervención, para entonar cantos de victoria, que suenan desagradablemente en el oído de los pocos que por ella estamos.

No tiene U. ni podría fácilmente formarse una idea de los berrinches que estoy haciendo en medio de esta atmósfera antifrancesa que me rodea. La opinión de estos habitantes ha llegado á uniformarse por la vez primera. Españoles y cubanos, todos á una hacen votos por el triunfo de Juárez sobre las Aguilas Imperiales.

Aguijoneados unos y otros por la voz del despacho, es evidente que son movidos por mezquinas

pasiones y por bastardos intereses, que están en abierta oposición con los nuestros, en la cuestión.

No les cuadra á los primeros que los franceses salgan con honra de una empresa que ellos inician, para abandonarla en seguida con tanta menzura; y posponiendo á ésta toda otra consideración, conspiran contra sus bien entendidos intereses, y no vacilan en echar sus simpatías del lado de Juárez, del enemigo irreconciliable de la raza y principios hispano-americanos. ¡Rara aberración!

Nada hay que decir de los cubanos, pues ya conoce U. sus ideas, para que se le puedan hacer extrañas sus antipatías contra la Intervención de Europa en México.

En su natural suspicacia, no pueden desconocer que los cañones rayados de la Francia vienen á hacer trizas en este continente de (sic) la famosa doctrina de Monroe, de cuyo triunfo aguardan la realización de sus bellos ensueños de redención política. Bajo tan perniciosa influencia, y demasiado familiarizados con sus absurdas esperanzas de anexión y absorción, natural es que vean de mal ojo la trascendental obra de L(uis) Napoleón en nuestra República y que abriguen profundos odios contra todos los que á su realización propendan. Claro es, pues, amigo mío, que los que tan decididos están por ser sajones á todo trance, no han de hacer muy sinceros votos por el bienestar y engrandecimiento propio de nuestra patria.

Hecho este fiel bosquejo, ya puede U. considerar la figura que en él haremos los pocos que te-

nemos la rareza de querer ser consecuentes con nuestros añejos principios de «mi Dios y mi nacionalidad.»

«Reservado.»

Pero vamos á otra cosa.

Supongo á U. enterado de los inconvenientes que, para desembarcar, puso la autoridad francesa á nuestro Dn. I(sidro)Díaz, en Veracruz. Iba ya completamente restablecido de su crónico mal y sin la menor presunción de que le estuviese vedada la entrada en el país. Tuvo, pues, que regresar en el mismo paquete, y entiendo que lleva la idea, en su viaje á los Estados Unidos, de seguir inmediatamente para Europa, á fin de dar al Emperador explicaciones que destruyan las bases sobre que haya podido descansar la absurda orden que priva á la Intervención de la cooperación de los que de buena fe se sienten dispuestos á apoyarla.

Me consta que, al resolver su viaje á la República, era su idea remover cerca del Sr. Forey los obstáculos que alejan al Gral. Miramón de la escena en momentos en que acaso podrían utilizarse sus servicios y buenos deseos en favor de la Intervención y de su más pronto y mejor éxito.

¿Podría U. decirme, amigo mío, el por qué de esa obstinación en desechar este auxilio y cualquiera otro de los que voluntariamente puedan y quieran ayudar en la obra? ¿Qué es posible que nunca hemos de posponer intereses secundarios ante los muy preferentes de la causa en cuyo triunfo tan interesados estamos todos?

Confieso á U. que estas cosas me inquietan y me quitan la fe. Yo no sé cómo con este sistema de rencillas, desconfianzas y desunión entre los nuestros, llegue á obtenerse un resultado satisfactorio.

Es lo peor que así que Miramón sepa el nuevo acto de hostilidad que en la persona de su cuñado se le ha hecho, sabe Dios la extrema determinación á que podrá dejarse conducir; aunque yo confío en que nunca lo veremos hacer causa común con Juárez. Aguardemos á que el tiempo desenrede esta larga maraña.

Por esta su casa no ocurre novedad, á Dios gracias, y deseo á V. el mismo beneficio. Afectuosas memorias de Matilde.

El amigo Rafael estuvo por aquí á principios del mes y volverá á fines del corriente, según me dijo.

Hay dos paquetes que no viene carta del amigo Gutiérrez Estrada.

Expresiones á los amigos, y U. lo que guste del que lo es suyo de corazón.

R(amón) C(arballo).

XVIII

SR. DR. D. FRANCISCO JAVIER MIRANDA.
AYOTLA, JUNIO 8, 863.

Mi muy estimado amigo:
Oportunamente fué en mi poder su grata, fecha 7 del actual, y quedo impuesto de su contenido.

Está arreglado lo de la entrada de nuestras tropas. Si los cinco mil vestuarios que les ha mandado el Gral. Forey pueden distribuirse mañana, entonces pasado mañana entrarán los franceses y los mexicanos, todos juntos; y si no, lo verificarán más tarde. Estoy muy cansado, y sin tiempo para más, me repito de Vuestra Merced afmo. amigo, que b. s. m.

J. N. Almonte (rúbrica).

XIX

**Directorio
Conservador**

Teniendo en consideración este Directorio el acreditado patriotismo de U., su finura y buenas maneras, ha tenido á bien nombrarlo en comisión, asociado de los Sres. D. Joaquín Castillo y Lanzas, Gral. D. Bruno Aguilar, Lic. D. Alejandro Arango y Escandón y D. Pedro Haro, para felicitar al Exmo. Sr. Conde Dubois de Saligny, Ministro de S. M. el Emperador de los franceses, en su alojamiento, al siguiente día de su entrada á esta Capital.

Dios, Religión é Independencia. MÉXICO, JUNIO 8 DE 1863.

Bruno Aguilar (rúbrica),
Presidente.

P. de Haro (rúbrica),
Srío.

SR. PRESIDENTE DE LA COMISION, DR. D. FRANCISCO J. MIRANDA.

ANEXO.

Comprometido con anterioridad á servir en otra comisión análoga á la que se sirve encomendarme ese Directorio, y empeñado en trabajos de otro género, me es imposible aceptar el encargo que he tenido la honra que se me confíe, en asociación de los Sres. Castillo y Lanzas, Aguilar, Arango y Escandón y Haro.

Al hacer esta manifestación, permítame ese Directorio que le manifieste que tanto es mi sentimiento por no poder desempeñar el cargo que se me confiaba, como la honra que he recibido.

(*Francisco Javier Miranda*).

(SR. PRESIDENTE DEL DIRECTORIO CONSERVADOR.)

XX

SR. DR. D. FRANCISCO JAVIER MIRANDA.
C. DE U., JUNIO 10 DE 1863.

Muy apreciable amigo y Sr.:

Por no haber logrado hablar con U. personalmente, aunque lo solicité, dirijo á U. ésta felicitándolo por su feliz regreso á esta Capital, y más aún por su obra. U. ha prestado señalados servicios á la causa del bien, en la horrenda lucha que sostiene en nuestra patria con la del mal; y debien-

do á Dios el favor de contarme en el número de los servidores de la primera, me llenan de regocijo los fructuosos trabajos de U. y tengo verdadera satisfacción en asegurarle que soy su afmo. amigo, atento s. s., q. b. s. m.

Manuel G. Aguirre (rúbrica).

XXI

SR. DR. D. FRANCISCO J. MIRANDA.
HABANA, JUNIO 15 DE 1863.

Mi amado Dr. y amigo: Después de tanto tiempo transcurrido sin recibir sus estimables letras, fácil le es suponer el placer que tendría en leer su grata de 20, por la que veo los poderosos motivos que ocasionaron su silencio.

Enterado de todo cuanto se sirve manifestarme acerca de sus sufrimientos pasados, yo me congratulo con la esperanza de que no vuelvan á repetirse, mediante el nuevo giro que las cosas habrán de tomar con el buen viento que ha empezado á soplar.

Así lo deseo y pido á Dios, de todo corazón, para bien de U. y del país, que tanta necesidad tiene de obreros de su temple y condiciones, en la lucha política que ha de seguir á la de las armas, y de la que le considero ya seriamente ocupado, pues de ello me persuade lo que me escribe el amigo Fr. Pablo, de haber salido U., el 24, violentamente